

HA NACIDO SANTA - ANNA*

Agustín YAÑEZ

EL VEINTIUNO de febrero de 1794, a las ocho de la noche, Orión —diamantino y sanguinoso— y el Navío, luciendo en la proa el fulgor de Canopus, transponían el meridiano de Jalapa.

Cerca de la primera constelación, el rojizo Aldebarán era el ojo alerta del Toro, cuyas entrañas palpitaban en la luz de las Pléyades, a quienes los campesinos veneran con el nombre de Cabrillas. La Capella del Cochero marcaba el rumbo del norte, a cuyo fondo, en el horizonte, resplandecían Perseo y Casiopea. La Osa Mayor iniciaba el oriente; Andrómeda y Aries, el poniente. Regulus en la garra del León, Castor y Pollux de amarilla fulgencia, Procyon en el ímpetu del Can Menor, hacia el sur, por el este, completaban el coro de astros que presidían en esa hora el destino de los hombres.

A la media noche las constelaciones de Orión, los Canes y el Toro alcanzaban el horizonte; culminaban los Gemelos y la Osa Mayor, guiadora de la Estrella Polar; Canopus todavía era visible; al oriente brillaban la Virgen con su blanquísima Espiga, el Boyero con Arcturus y el León; la Corona Boreal, el Centauro y la cabeza del Escorpión apuntaban al sur, por donde la Cruz de Mayo asomaba.

En el magnífico escuadrón que cruzó el cielo de Jalapa esa noche, sobresalían diez estrellas de primera magnitud. Era la primera noche que pasaba en el mundo el varón que al día siguiente sería bautizado con

* Capítulo inicial de una biografía de Santa-Anna en preparación.

los nombres de Antonio de Padua, María, Severino. A mano algún horóscopo, hubiérase leído lo relativo a quienes nacen bajo el signo de Piscis: carácter magnético, presumido, impaciente, susceptible, insubordinado, capaz de asumir graves responsabilidades, gustoso de inspirar y tenerse lástima, predispuesto al pesimismo, al cansancio en sus empresas, a pugnas y enemistades por causas baladíes; pero quizás el pronóstico para los nacidos bajo el signo de Acuario —que había terminado la víspera— conviniese mejor: tienen un violento apetito de triunfo, son capaces de inspirar admiración, piden consejo que casi nunca siguen, sus vidas son raras y emocionantes.

Menos dudosos que los presagios de la astrología popular, los poderes de la circunstancia terrestre asisten al niño, son estímulos progresivos cuyo rastro psicológico nunca desaparecerá.

En la entraña de dilatado vergel natural se halla Jalapa, que Humboldt llamó el “jardín del país”, y Poyet, la “cuna de las gracias, de la cultura y del buen gusto”. Jinete sobre lomeríos encabritados, la ciudad tiene traza caprichosa; los laberintos de callejones en cuesta, estrechos, llevan a la sorpresa de grandes explanadas con perspectiva soberbia. Mudable como el suelo es la atmósfera,¹ cuyos cambios son relacionados por Poyet² con la excitabilidad nerviosa de los habitantes. “La infancia —dice el mismo autor— se hace notable por su precocidad”.

¹ El 21 de febrero de 1937 amaneció un día espléndido que, desde la terraza del Parque Juárez, permitía ver la pureza de líneas del Pico de Orizaba y, más acá, el cerro de Xico y los clarísimos detalles del Cofre de Perote. Ya para las ocho de la mañana las nubes cubrían el magnífico panorama. Llovizó. Después de medio día cayó un chubasco. A media tarde salió el sol y la noche fué tibia, tirando a cálida.

² *Monografía de Jalapa* con definido carácter de Geopsique. Publicada en *La Sociedad*. México, junio de 1864.

Antonio López de Santa-Anna —de “calidad noble”, como dice su primera hoja de servicios— nació en el corazón de la villa en una casa de la 2ª Calle Principal, pocos pasos adelante del sitio en que ésta confluye con la 1ª Calle Principal; aquélla desemboca directamente al camino de México y debió de ser calle de mucho tráfico; unos pasos a la izquierda, se halla el centro de actividades urbanas; a la derecha, comienza el barrio presidido por la iglesia de San José, con topografía propicia a travesuras y empresas infantiles: la escalinata que conduce al atrio del templo con sus rincones y cipreses; calle de por medio la pendiente de Jesús te Ampare y, en el fondo, los escondrijos de tupida vegetación; más allá, el camino abierto a la gran ciudad, forman un conjunto de incitaciones para niños de genio aventurero e imaginativo. El inquieto Antonio rebasaría pronto el escenario familiar, llevando sus andanzas a los Berros, al Dique, a la salida de Coatepec; trabando amistades con pilluelos de otros barrios; trepando las eminencias comarcanas, en donde nacería el culto al paisaje natal, que será ya por siempre un imán de su vida. Las relaciones de su familia, gente bien considerada en la sociedad local, proporcionarían al párvulo el conocimiento restante de aquel mundo colocado al paso de la corriente que iba y venía de la metrópoli a la capital del virreinato. Jalapa funde la llaneza jarocho con la sutileza de la altiplanicie. La gran feria de mercaderías ultramarinas que dió nombre y renombre a la villa —Jalapa de la Feria—, le imprimió un carácter de atuendo y sociabilidad, que aún conserva. Los recuerdos de aquellos acontecimientos —apenas en 1777 había sido la última feria— eran asunto vivo de conversación en los oídos del pequeño. Hacia 1803, por causa o pretexto del

vómito, se agitó de nuevo el proyecto de acabar con la ciudad de Veracruz y establecer a sus habitantes en Jalapa; el plan tuvo tales visos, que llamó la atención de Humboldt; las fuerzas directivas de la futura capital del estado no pudieron ser ajenas al audaz arbitrio, que se discutiría con calor en la casa del licenciado López de Santa-Anna. Éste, pocos años después, hubo de trasladarse al puerto, acompañado de su familia, para tomar a su cargo la notaría de Alcolea, propiedad de los Santa-Anna.

Es posible que antes de radicar en Veracruz el niño hubiera estado allí de visita en la casa de su tío Ángel y no le fuera desconocido el camino; pero al recorrerlo esta vez le asaltarían ideas nuevas, desearía conocerlo mejor, grabárselo en la memoria y en la sensibilidad; pretendería bajar del carruaje y hacer algunos tramos a pie, juguetón y curioso; la bajada de Lencero, la cuesta de Cerro Gordo, el paso del río de la Antigua, atraerían con su disposición pintoresca el ánimo del muchacho, al que aquellos accidentes no podían predecirle lo porvenir; pero le hablaban el soberano lenguaje de la naturaleza veracruzana. Sin duda oyó decir muchas veces que con los tesoros transportados fuera del país, pudo haberse construído este camino, sin exageración, de barras de plata, y aun sobrara inmensa cantidad.

Instalada su familia en Veracruz, el recio carácter del puerto —clave neurálgica no sólo de la vida colonial, sino de la metrópoli— marcó su impronta en el espíritu del recién llegado.

Veracruz —dice una Ordenanza del Virrey Marqués de Casa Fuerte— es “la garganta por donde entraban en este reino todos los españoles que venían a él”; y añade: “con este motivo era fácil que se recluta-

sen aquellas compañías de gente española”. Lerdo de Tejada verifica la epopeya del veracruzano en estos términos: “La ciudad, bien situada para el comercio, era una de las más animadas ciudades de la Nueva España. A los grandes beneficios que le producía el privilegio exclusivo del comercio marítimo, acumulando allí inmensos capitales, dando ocupación útil a multitud de brazos y fomentando más o menos directamente a toda la población, se agregaban las ventajas que produce siempre en las ideas y costumbres de un pueblo la frecuente comunicación con hombres de otros países algo más avanzados en la senda del progreso social; y estas dos circunstancias reunidas habían dado a los habitantes de Veracruz, respecto de las demás poblaciones de la Nueva España, esa superioridad social que tienen siempre los hijos de un puerto de mar, sobre los del interior de un país, y que en México era más notable por el perfecto aislamiento en que se hallaban estos últimos”.³

Los más variados transeúntes: funcionarios, soldados, comerciantes, marinos, aventureros —¿no lo eran todos?—, cargaban el ambiente con la soberbia peninsular de donde venían a tierras de logro. Las pupilas de la turbamulta desdoblada en mil fisonomías brillaban de orgullo y ambición, iguales en todos los semblantes. Aun los riesgos y el miedo de terribles enfermedades en el clima pestilente y malsano exaltaba el gozo de vivir.

Antonio López de Santa-Anna alentó su crisis de pubertad respirando esa vibrante atmósfera, junto al agua del Golfo, tempestuosa; bajo el clima propenso a la locura de los nortes y abrasador de ordinario. Tal

³ *Apuntes Históricas de la Heróica Ciudad de Veracruz*. México, 1850; I, 396, 397.

vez por eso fué impresionable, arrebatado y versátil. Uno de sus placeres mayores sería acaso visitar la fortaleza de San Juan de Ulúa —baluartes de San Pedro, Santiago, San Crispín, la Soledad; baterías de San Miguel y Guadalupe; la enorme plaza de armas central y las de Santa Catarina y el Pilar; los puentes y pasadizos; la gran batería frente al mar abierto—; desde la torre del Caballero Alto, el juego de las banderas que anuncian el movimiento de las embarcaciones exaltaría su imaginación volcánica, y el misterio del océano lo embriagaría de ambición; el timbre jactancioso de los soldados, con sus uniformes y arrogancia, le inocularían el afán de poder; éstos, entre todos los tipos que poblaban la ciudad, eran los que atraían poderosamente su avidez y lo deslumhraban.

Pero junto a las voces fanfarronas de los europeos que presumían superioridad, el adolescente gozaba el templado trato de criollos y mestizos, el dulce acento indígena, las melodías y danzas costeñas, el ritmo im placable de los huapangos, el tiple jarocho que desenfadadamente come y trastrueca los fonemas de las palabras. Contrapunto de sangres trabajaba en la subconciencias del joven, ahora poseído por la fiebre de dominación, luego sumiso a las voces de la tierra natal, carnal.

Llegó así el momento de resolver el drama de la vocación, prematuro en aquel muchacho de quince años. La índole de las circunstancias personales y familiares lo precipitaron.

Las condiciones que prevalecían en la casa del notario López de Santa-Anna —obligado a subvenir las exigencias de su rango y de sus varios hijos— no eran holgadas; la energía de don Antonio lo tornaba rígido, viendo en esto el mejor modo de que sus vástagos

resultaran gente de provecho, lo que sería el tema constante de sus admoniciones; pero en el joven Antonio apuntaba un carácter pendenciero y desaplicado, aunque de una viveza extraordinaria; el disgusto paterno, las reprimendas, los augurios de que a esos pasos acabará en perdulario y será vergüenza de su casa, lo habrán hecho sentirse un segundón, víctima de injusto trato, y reaccionará en el sentido de demostrar que es el más capaz de sus hermanos, que posee una fuerza incomprendida, que los modelos de vida que se le proponen carecen de interés para su ambición: “el afán de dominio se exagera; el individuo sólo se contentará con las mejores situaciones y tendrá el prurito de sobresalir entre los demás”.⁴ Por otra parte, ante la inflexibilidad tradicionalista de su padre, Antonio adopta una dirección curva, mañosa, que le descubre la manera más fácil y menos resistente de alcanzar sus propósitos. Así, cuando al querer imponérsele la condición de meritorio en la tienda de Cos culminó el conflicto entre padre e hijo, éste acudió con todas veras a mover en su auxilio la ternura materna. —“Yo no he nacido para trapero; el mostrador o el escritorio son presidios en que sucumbirá mi destino; mi padre quiere condenarme a perpetua infelicidad, se propone frustrar mi vida en una situación mediocre, que rechazo de plano.”

“Desde mis primeros años —escribirá más tarde—, inclinado a la gloriosa carrera de las armas, sentía por ella una verdadera vocación.”

El recurso dió resultado. La madre hizo cejar al padre y fué a más; utilizó su amistad con las familias del intendente García Dávila y del comandante don José Cos para vencer las grandes dificultades que la

⁴ ABLER. *Conocimiento del hombre*, cap. VII.

falta de edad prescrita al ingreso de los cadetes en el ejército real, impedían satisfacer el imperioso anhelo del mozo. Cuánto influyó seguramente la dispensa o el disimulo de suponérsele mayor edad: el joven militar aprendía que las leyes, aun las impuestas por un poder con fama de inexorable como era el español, son ficciones fáciles de violar, modificar y anular. Fué aquélla una doble victoria: contra la obstinación paterna y contra la majestad regia de la ley. No es aventurado pensar que Antonio la atribuyese a méritos propios, comparada la realidad con el tono de los rasgos autobiográficos en seguida transcritos: “Conseguí el beneplácito de mis padres y senté plaza de caballero cadete en el regimiento de infantería fijo en Veracruz, el nueve de junio de mil ochocientos diez, previas las pruebas de hidalguía indispensables entonces. A los catorce años pertenecía al Ejército Real de la Nueva España.”⁵ Ni contaba catorce, sino dieciséis años cumplidos; ni el ingreso fué el nueve de junio, sino el seis de julio. Esta comprobación de las versiones personales de Santa-Anna y, en especial, de su autobiografía, será sistemáticamente usada como prueba psicológica en el juicio propuesto.

El tono de jactancia carga en tres expresiones: “*caballero cadete*”, “pruebas de *hidalguía*” y “a los catorce años pertenecía al Ejército Real”. El joven sintió desde luego el espíritu de cuerpo a donde su fortuna lo llevaba y tuvo cuenta de los privilegios concernientes, cuyo acrecentamiento sospecharía, pues no resulta verosímil que pudiera escapársele la crisis del

⁵ Antonio López de Santa-Anna. *Mi historia militar y política 1810-1874*. *Memorias inéditas*, t. II de *Documentos inéditos o muy raros para la Historia de México*, publicados por Genaro García y Carlos Pereyra. México, 1905. En lo sucesivo se citará esta obra con el abreviado título de *Mi historia*.

mundo, primero por las repercusiones de la Revolución Francesa, con cuanto ello suponía; segundo, por el ejemplo arrollador de Napoleón, que significaba el apogeo del militarismo, triunfante sobre rancias instituciones y dueño de tronos. Ni dejaría de sentir, por disipado que se le suponga, los presagios de tempestad en la vida de la Colonia; era obvio el relajamiento del antiguo régimen: su ingreso al Ejército, aunque facilitado por la resolución del Virrey Arzobispo Lizana Beaumont, aprobando el proyecto de aumentar con dos batallones el regimiento fijo de Veracruz y vendiéndose para ello las plazas de oficiales, en calidad de beneficios,⁶ era una demostración personal, unida a tantas otras palpables en el ambiente del virreinato.

Santa-Anna, por ejemplo, debió de tener noticias directas de la enojosa disensión entre el Virrey Iturrigaray y el Gobernador García Dávila, reforzado éste por el Ayuntamiento y las fuerzas vivas de la ciudad, acerca de la organización y defensa del puerto, que se comunica en nota reservada del Virrey al gobierno metropolitano, con fecha del 7 de mayo de 1805; hay razones para pensar que tal incidente fué una de las primeras causas que determinaron el derrocamiento de Iturrigaray, el 15 de septiembre de 1808, en el cual participaron los viejos agravios de comerciantes veracruzanos. La resistencia militar a los acuerdos del Virrey, quien la explica "ya por el mal estado de sus fondos, ya por las crecidas deudas de los oficiales del regimiento fijo, ya por los vicios que padecía la subordinación, y ya por otros puntos que habían hecho decaer el vigor de la disciplina", pronostica la inminencia del militarismo como régimen habitual de gobierno.

La llegada de la goleta de guerra francesa *Vaillant*,

⁶ LERDO, *Apuntes*, II, 47-48.

que traía pliegos del ministro de relaciones del imperio francés para las autoridades del virreinato e impresos de propaganda en favor del gobierno que presidía José Bonaparte, rey de España e Indias por fuerza de las armas napoleónicas, dió lugar a los graves acontecimientos del 10 y el 11 de agosto de 1808; el pueblo de Veracruz había aprendido la lección de Aranjuez y Madrid, cuando el derrocamiento de Godoy y la forzada abdicación de Carlos IV; llevado en mucho por resentimientos personales contra el comandante del apostadero don Ciriaco Ceballos, tocó a rebato, se lanzó a la calle, convocó imperiosamente al Ayuntamiento, hizo traer los papeles de la goleta y los quemó en la plaza, mientras otros grupos asaltaban la casa de Ceballos con toda impunidad y amenazaban en igual forma otros establecimientos y casas, que hubieran corrido la misma suerte de destrucción a no impedirlo un furioso chubasco, ya que las autoridades permanecieron impasibles. Desde los tiempos del Virrey Marqués de Gelves, dos siglos antes, la quietud colonial no había sufrido semejante alteración, verdadera víspera de acontecimientos mayores. El hecho puso de relieve la falta de coordinación y mando efectivo, en detalles como las órdenes oficiosas de un simple ayudante llamado Rafael Domínguez Aguayo, las providencias contradictorias de distintos jefes y las imprudencias de otros, como el propio Ceballos. Y estaba en vigor la Pragmática del 17 de abril de 1774, con severas disposiciones encaminadas a reprimir motines, que los veracruzanos recordaron por bandos solemnes, doce días después del tumulto. ¡Lecciones, lecciones que no desaprovecharía el adolescente Santa-Anna!

Tres meses después de ingresar al Ejército, el cadete gozó la prueba de un estilo literario, en que más

tarde resultaría maestro. Se trataba de la contestación dada por el Ayuntamiento de Veracruz a la proclama del Virrey Venegas con motivo del levantamiento acaudillado por el párroco de Dolores, don Miguel Hidalgo. “No encontramos expresiones —dicen los municipales— con qué demostrar el íntimo dolor con que hemos entendido el inesperado extravío y los abominables desórdenes en que han incurrido esos miserables funcionarios.” Más adelante prorrumpe con énfasis digno del caudillo inminente: “La ciudad de Veracruz y su provincia resistirían a los enemigos interiores y exteriores hasta dejar de existir, antes de separarse de las sagradas obligaciones que le han impuesto la naturaleza, la religión, la lealtad, el patriotismo y su franca y espontánea voluntad. Con ellos y los más sinceros y reconocidos sentimientos, renovamos a V. E. los de nuestra imperturbable fidelidad, prontos a sacrificarnos en servicio de la patria y cumplimiento de las órdenes del gobierno nacional, de que es V. E. tan digno como benemérito representante.”

Los peligros que la insurrección ofrecía en el norte, desarraigaron al bisoño soldado de su tierra y parentela, de las pependencias con sus compañeros, de la vida cómoda y presuntuosa que hacía posible su “poca aplicación” y su “conducta mediana”; bien que siguiera reconociéndosele su “capacidad bastante”, su “buena salud” y su valor, que ahora iban a ponerse a prueba en el terreno de los hechos. El 13 de marzo de 1811, con otros quinientos hombres a las órdenes del Coronel don Joaquín Arredondo, embarcó hacia el puerto del Espíritu Santo.

El maestro le dejó indelebles huellas. Arredondo era grandilocuente, amigo de ser adulado, tenaz, arbitrario, cruel; y una campaña en sitios lejanos es me-

dio propicio para la hipertrofia militarista. Los desmanes de Arredondo sembraron triste memoria en el norte del país; ni siquiera escaparon de los abusos de su jefe los mismos expedicionarios. Y cuando el Virrey, tratando de atender las quejas que le llegaban, pretendía retirar al atrabiliario, éste desobedecía con habilidosos expedientes.

Antonio hizo en tal escuela sus años de aprendizaje, familiarizándose con la vida y el paisaje del norte durante un lustro, que tan largo parece cuando en la primera juventud se deja el suelo nativo por tierras remotas, poco habitadas y de costumbres radicalmente distintas. Los desiertos y las asperezas de Tamaulipas, Texas, Monterrey, Coahuila y San Luis Potosí ampliaron su visión y experiencia de la patria, cuyos anchos términos dilatarían los ensueños del mozo. Recién llegado a la provincia de Nuevo Santander, en acción de armas contra el insurgente Villerías, a inmediaciones de Matehuala, el 10 de mayo de 1811, consigue que se le mencione con elogio en el parte oficial. El 28 de agosto, en Altos del Romeral, por el rumbo de Tampico, una flecha indígena lo hiere con levedad en el brazo izquierdo y le merece ascender a subteniente, más un escudo de honor. El 18 de agosto de 1813, en la decisiva acción de Medina contra los insurgentes de Texas comandados por Álvarez de Toledo, que habían tenido su cuartel en San Antonio de Béjar, Santa-Anna obtiene mención, ascenso y escudo nuevo, habilitándosele como teniente, con el grado anterior. El aire victorioso de aquellos días aún alienta cuando en la derrota plena el hombre hace recuerdos: "Ascendiendo por escala a Teniente de granaderos del segundo batallón residente en Veracruz, pasé luego a incorporarme a mi compañía el veinte de noviembre

de mil ochocientos quince. En mi brazo izquierdo llevé escudos de honor, obtenidos en acciones distinguidas de guerra. Favorecido con la honrosa nota de *buen oficial*, el gobernador de la plaza me nombró comandante militar de los extramuros [...] Mi comportamiento de este encargo y algunas comisiones de riesgo desempeñadas a contento del Jefe Superior, proporcionaronme llevar en mis hombros las dos charreteras, ensueño dorado de mi ardiente juventud".⁷

Extraña en esta parte de la autobiografía la falta de referencias a la primera estancia de Santa-Anna en la capital del virreinato, donde —según Lerdo— fué ayudante del propio Virrey Apodaca,⁸ cerca del cual —según otros— llevó una misión del Gobernador de Veracruz, que tenía dificultades con la autoridad superior del país. El hecho es importante, pues la visita a México sin duda completó la experiencia nacional del ardiente joven, y abrió nuevos horizontes a sus ambiciones, excitadas por el buen acogimiento que Apodaca le dispensó, allanándole los caminos para inmediato ascenso, que obtuvo el 28 de diciembre de 1816 por acciones de armas contra partidas insurgentes, a extramuros de Veracruz, en los poblados de Cotaxtla, San Campus, Matavista, Coyocuenda y Tlaliscoano, los días 20, 21 y 22 de ese mes.

Ensueño dorado de su ardiente juventud, ya es capitán. Y ayudante de confianza, casi un hijo del Gobernador Dávila, que le apareja un tiempo de vida regalada en el alegre corazón de la sociedad veracruzana, entre saraos, galanteos, consejos del anciano jefe y correrías alledañas contra insurgentes, en las que no faltan fusilamientos, como el del cabecilla Francisco

⁷ *Mi historia*, 1 y 2.

⁸ *Apuntes*. II, 137.

de Asís, en quien vengaba la sorpresa sufrida el 11 de septiembre de 1818, cuando, precisado a huir, Santa-Anna se refugió en la ermita de San Sebastián, dentro de los muros mismos de la ciudad; estuvo a punto de ser muerto, así como su asistente; perdió el sombrero, y sólo la ligereza de su caballo lo salvó.

El mando de tropas le proporcionaba otra deliciosa oportunidad: escribir los partes de sus acciones guerreras, en uno de los cuales habla del “llamado general” Victoria. Desde Boca del Río —aunque residía de ordinario en Veracruz— menudean los bélicos documentos, y en ellos aparece, ahora como capitán misericordioso que, según la moda impuesta por Apodaca, utiliza el convencimiento, luego como soldado enérgico, al estilo de Arredondo: el 7 de septiembre de 1818, por ejemplo, da parte de haber destruído las siembras de maíz “que tenían los insurgentes” en Paso del Moral.

Acrecentaba por todos los medios el timbre de su participación en la “energía tan activa como feliz” de “la siempre victoriosa división de Arredondo, en los inmensos desiertos de la colonia de Santander”, según frases del Ayuntamiento de Veracruz en el memorial dirigido a la Regencia peninsular, el 19 de marzo de 1814.

La grave situación en que la guerra puso a la provincia de Veracruz —bien sabían los caudillos de la independencia que aquella era una zona decisiva, y el genio de Morelos tomó especial interés en afectar la mayor arteria colonial— vino cediendo hasta la completa pacificación en 1819. La coyuntura fué propicia para revelar otra capacidad en la suerte de Santa-Anna: el gobierno le confió la reconstrucción y orga-

nización de varios pueblos destruidos en la contienda, tarea que desempeñó con sorprendente rapidez. Ya el 4 de febrero anunciaba el restablecimiento de Japura, Soledad, San Diego y Medellín, con más de quinientas familias; el 20 de junio se incluyen otros cuatro poblados, en informe que acredita el acercamiento de setecientas diecinueve familias, con dos mil seiscientas ochenta y siete personas, instaladas en cuatrocientas tres casas, que disponían de templos reconstruidos y quince tiendas. Una de las nuevas iglesias era la del pueblo de San Diego.

Aquí se presenta con certeza la automitomanía. El 23 de junio Santa-Anna comunica al Gobernador los deseos atribuidos al vecindario de San Diego en el sentido de cambiar el nombre del pueblo por el de San Antonio, a cuyo patrocinio querían someterse. La pretensión fué denegada y San Diego no tuvo el nombre del ardiente capitán don Antonio de Padua, María, Severino López de Santa-Anna. El tiempo de su gloria no ha llegado.

La esperanza de ascensos y distinciones cada día es más remota. El año de 1820 ha traído la pacificación casi absoluta del país. Entonces el capitán —lo es hace cuatro eternos años— redacta el 4 de julio extenso comunicado que desde San Diego envía al Gobernador, haciendo recuento de sus méritos como soldado, como pacificador y como reconstructor; pormenorizando en este último aspecto las providencias tomadas como estadista y economista, con relación de los excelentes frutos logrados por la renaciente agricultura de la zona cuya reconstrucción se le confió. El alegato no logra éxito. El camino de felices augurios parece definitivamente cerrado.

Pero en marzo de 1821 llegó a Veracruz la sensacional noticia de haberse proclamado en Iguala el plan de independencia, con Iturbide por caudillo. El capitán López de Santa-Anna es enviado a la cabeza de tropas en auxilio de Orizaba. El recuerdo de los hechos en la memoria del protagonista es interesante: "Militar pundonoroso, me esmeré en corresponder lealmente a la confianza que se me dispensaba", dice refiriéndose a sus empresas contra la insurgencia, y agrega: "Este servicio se consideró importante, y se me premió con el grado de Teniente Coronel y el diploma de la Cruz de la real y distinguida orden americana de Isabel la Católica", recompensas que supone anteriores a su labor de reconstruir pueblos y reorganizarlos "del mejor modo posible". "Mimado del gobierno virreinal, no tenía límites mi gratitud; y sin embargo, apareció el *Plan de Iguala* [...] y me apresuré a secundarlo, porque deseaba concurrir con mi grano de arena a la grande obra de nuestra regeneración política. El Mariscal de campo, don José Dávila [...] generoso por carácter [...] me envió el indulto [...] y ofertas seductoras. Tanta bondad del anciano general, que me quería como a un hijo, conmovió mi sensibilidad. . . ¡ah! rato penosísimo, fijo en mi memoria. . . En esta lucha, en este momento de prueba, el patriotismo se sobrepuso a todo sentimiento: continué firme en mi propósito. Lejos de mi vista lo que seduce y halaga, no veía más que una situación erizada de inmensas dificultades. [...] Pero colocado entre la victoria o la muerte, la mayor vacilación me perdía; ocurri al arrojo hasta la temeridad." ⁹

La gestación del mito ha terminado. Los augurios comienzan a cumplirse. Principia el alumbramiento.

⁹ *Mi historia*. 2 a 5.

La versión del "militar pundonoroso" hace creer que fué fulminante su adhesión al plan de independencia.

La verdad es otra. Todavía el 7 de abril de 1821 el gobierno colonial tiene noticia del triunfo audaz obtenido por Santa-Anna la madrugada del 29 de marzo; pero ignorante de lo sucedido apenas unas horas después, le otorga el grado de teniente coronel. En efecto, desde sus atrincheramientos del Carmen, había resistido las negociaciones y los ataques insurgentes, que ocupaban parte de la ciudad y contra los cuales, desde el día 23, lanzaba cargas punitivas de muy escaso éxito; mas le sirvieron para comprender la deficiente organización enemiga. Calculó entonces dar una sorpresa que confirmara su fama de astuto y atrevido. Así, quien los días anteriores fué retirado con precipitación a su reducto por el empuje trigarante, la madrugada del 29 sorprendió a los desnudos y dormidos que acampaban en la garita de Angostura, los hizo a todos prisioneros y les tomó buen botín de guerra. ¡Bien merecía el grado de teniente coronel! Y la capitalización de tan bravo alarde.

Pasan sólo unas cuantas horas y el héroe del alba es el enemigo del medio día. Si en la mañana los bronces de Orizaba celebraron la victoria del régimen colonial, en la tarde dijeron la jubilosa nueva de la independencia. Uno y el mismo era el protagonista de los contradictorios fastos.

En parte pudo ser el temor, como algunos quieren, o la ambición, como afirman otros. Temor de que una más prolongada resistencia menguara el sitio que podría labrarse al triunfo de Iturbide, cada vez menos improbable. No el temor pánico que se le atribuye cuando supo que llegaba don José Joaquín Herrera,

con refuerzos; ni éstos eran tan considerables que hicieran desesperada la buena situación de Santa-Anna en el convento del Carmen, robustecida por la victoria del albazo, ni Herrera gozaba prestigio de gran estrategia, sino de hombre prudente y bondadoso, ni ahora la guerra se daba sin cuartel como hecha principalmente por antiguos realistas. Posible también que los ofrecimientos de don Joaquín despertaran la ambición del joven; pero si hubiera estado convencido de la solidez colonial, tendría mejores perspectivas al amparo de sus antiguos jefes. Más bien debe pensarse que Santa-Anna estaba en el secreto de la insurrección y aun que tuvo contacto con los conspiradores de la Profesa; y no escaparían a su perspicacia las maquinaciones de los diputados que iban a España —Gómez Pedraza, Gómez Portugal, Alamán, Molinos del Campo, González Angulo—, quienes el mes anterior se reunían en el convento de Betlemitas, en Veracruz, retardando el viaje, con la esperanza de no hacerlo por el suceso que esperaban. Entonces la resistencia en Orizaba pudo tener dos motivos: mirar más claramente la situación y hacerse deseable con hechos, como la sorpresa del 29, que le rendirían mayor precio, lo que así sucedió.

Pero a estas consideraciones para explicar el súbito cambio, debe añadirse una esencial: ésta es el carácter paranoico, típicamente voltario e ilógico.

Ahora sí, convertido en jefe de la insurgencia veracruzana, es fulminante su actividad. Lerdo lo reconoce y ofrece interesantes rasgos de la epopeya santanista, cuando escribe: “La adhesión de Santa-Anna a la causa de la independencia, si no decidió de la suerte de la provincia de Veracruz, porque ésta no podía ya dejar de seguir la de toda la colonia, puede muy bien decirse que al menos aceleró allí extraordinariamente el desen-

lace de los sucesos, pues desde luego desplegó este nuevo jefe una gran actividad en sus operaciones comunicando naturalmente un fuerte impulso a los elementos que en ella existían, y muy pronto se dió a conocer con las cualidades que lo han distinguido más tarde en el curso de su dilatada carrera política, es decir, con la voluntad y el arrojo que se requieren para atropellar todo inconveniente, confiando mucha parte del éxito de sus empresas a la fortuna que acompaña siempre a los hombres de acción, sin detenerse mucho a meditar y analizar previamente la magnitud de los obstáculos que pudieran presentársele.”¹⁰

El 1º de abril se rendía Córdoba. El 20 se puso a sus órdenes don Guadalupe Victoria en Soledad; correspondiendo a la modestia del ilustre veterano a quien antes combatiera, Santa-Anna lo proclamó el jefe más antiguo de la provincia. El 25 asedió al puerto de Alvarado, que tuvo por suyo el 2 de mayo. El 17 se presenta oportunamente a conjurar el peligro en que Córdoba se hallaba, sitiada por tropas considerables, que se retiran el día 21. El 26 llega frente a Jalapa, el 28 la ataca y el 29 la toma con resonante triunfo. El 6 de junio marcha en dirección a Perote con el propósito de impedir que llegaran auxilios a la fortaleza. Vuelve a Jalapa y organiza el asalto al puerto de Veracruz, el 27 se halla en Santa Fe y el 29 lanza un ataque afortunado contra seiscientos hombres que demolían suburbios; el 2 de julio comienza el bombardeo, hasta el día 4; el 7, muy de madrugada, escala la muralla en punto inmediato al baluarte de San José, que captura juntamente con los de Santa Gertrudis y San Fernando, introduce la mayor parte de sus tropas, obtiene la posesión de la puerta de la Merced por donde penetran

¹⁰ *Apuntes*. II, 167.

la caballería y cuatro cañones; personalmente se lanza contra el fuerte de Santiago y la escuela práctica de artillería, mientras ordena el ataque al cuartel del Fijo; los asaltantes llegan a la plaza de armas; cae un aguacero; reaccionan los defensores; hay inexactitud en ciertos movimientos de los independientes; falta dirección; comienza el desorden; a duras penas, con pérdidas, puede hacerse la retirada. Y no obstante, la hazaña es calificada como "heroica" en una orden del día expedida por Iturbide. La derrota significa el triunfo en la carrera del afortunado, que allí confirmó ruidosamente su atrevido valor.

A ese tiempo, su astucia lo libró de caer en una celada que le tendía el Gobernador Dávila mandando a Boca del Río un bergantín español con bandera norteamericana, cuyo cebo de pertrechos atrajese al infidente, quien —cauteloso— envió a reconocer la nave a un comerciante, so pretexto de urgirle pasar a Veracruz.

El 11 de julio, desde Orizaba, Santa-Anna pidió al Ayuntamiento de Jalapa un certificado de la conducta observada como jefe insurgente; luego marchó a Puebla, donde fué calurosamente recibido por Iturbide. Volvió a las puertas de Veracruz; el 5 de agosto, después de algunas entrevistas personales con el nuevo Virrey don Juan O'Donojú, dentro del recinto de la plaza, en la alameda; obtuvo libre tránsito de sus oficiales y de vendedores de frutos en la ciudad, así como que no serían molestadas las patrullas trigarantes que se acercaran a Veracruz; concertó la conferencia de Córdoba entre O'Donojú e Iturbide; con lucida escolta recibió al primero en la puerta de la Merced, el día 19, y acreditando excelentes condiciones de diplomático lo condujo entre honores hasta la villa en que se

firmaron los Tratados de independencia, cuya feliz conclusión le correspondía directamente tanto por haber puesto en contacto a los protagonistas, como por la honra de haber sido llamado a participar en las deliberaciones.

Pero el gusanillo del amor propio humillado en el intento de ser quien sustrajera la plaza de Veracruz al dominio español, no le daba punto de reposo. La voraz actividad cae contra la fortaleza de Perote, cuya desafiante guarnición capitula el 7 de octubre. Ya sólo, en el vasto territorio, existe un reducto insumiso a la voluntad nacional: el puerto de Veracruz, principio y base de la dominación trisecular; esto es un reproche, una ignominia, una idea obsesionante de Santa-Anna para consigo mismo. El 16 de octubre cerca la ciudad, el 18 tiene una entrevista inútil con el inquebrantable Gobernador Dávila, el 20 manda un ultimátum de rendición y experimenta el desaire de los veracruzanos que secundando a Dávila, quien, cuando Iturbide lo invitó a adherirse al Plan de Iguala, el mes de julio, había respondido que capitularía con cualquier jefe que no fuera Santa-Anna, piden al propio Iturbide que sea el coronel don Manuel Rincón —insurgente de muy última hora, sin méritos en la causa— quien reciba la ciudad; la anuencia de don Agustín menoscaba los merecimientos y el orgullo de don Antonio; Rincón entra en Veracruz el día 25 y acuerda la entrega de la plaza; el 27 penetran las tropas comandadas por Santa-Anna y el 1^o de noviembre la bandera tricolor se iza en los baluartes de Santiago y Concepción, mientras la bandera española ondea en San Juan de Ulúa, refugio amenazante de don José Dávila y de las fuerzas españolas que no aceptaban la independencia de México.